

cunstancias que ha producido en nosotros tan grandes cambios, ha de operar otros mayores todavía. Esta influencia cotidiana que tiene en jaque todo lo que hay de inferior en nuestra naturaleza y desenvuelve lo que hay de más elevado en ella, después de haber convertido una raza de canibales y de adoradores del diablo en una raza de filántropos y amigos de la paz y de enemigos de la superstición, no puede menos de transformar estos últimos en hombres tan superiores á ellos, como ellos lo son en relación con sus progenitores. Las causas que han producido las modificaciones pasadas obran aún, y no han de interrumpirse interin haya alguna discordancia entre los deseos del individuo y las exigencias del estado social, para vivir en el cual han de darnos aptitud orgánica. Así como hoy no es necesario dictar disposiciones contra los antropófagos, ni contra el fetiquismo, llegará un día en que no será menester prohibir el asesinato, el robo ni los delitos menos graves que castigan nuestras leyes. Cuando la naturaleza humana se haya amoldado á la ley moral no habrá necesidad de jueces ni de códigos; cuando en todas las cosas, como ya sucede en algunas, siga espontáneamente el camino recto, no habrá que estimularla con el incentivo de futuros premios y el temor á futuros castigos; y cuando sea ininstintivo en el hombre el proceder dignamente en todos los casos no hará falta un formulario que prescriba las ceremonias.

### III

#### Justificación de los infractores de las maneras y la moda.

De este modo viene á reconocerse la significación, el origen natural y la necesidad de las varias excentricidades que se observan en los reformadores y que hemos descrito en los comienzos del presente estudio. No son accidentes;

no son meros caprichos personales, como la gente cree. Son, por el contrario, resultados inevitables de la ley de correlación que hemos expuesto. La comunidad de origen y de funciones y la simultaneidad de la decadencia que se ve en todas las formas de restricción, no es más que el hecho inverso del que antes señalamos, según el cual, todas tienen su principio conservador y su principio destructor en dos sentimientos opuestos de la naturaleza humana. El terror que inspira el poder les dá vida y las sostiene; el amor á la libertad las mina y debilita. Defienden los unos el despotismo y aseguran la supremacía de la ley, se apegan á las antiguas creencias y apoyan la autoridad eclesiástica, respetan los títulos y conservan las formas; los otros, poniendo la rectitud por cima de la legalidad, llevan á cabo progresos periódicos en punto á libertad política; inauguran el protestantismo y sacan sus naturales consecuencias, desconocen los dictados, faltos de sentido, de la moda, y emancipan al hombre de costumbres ya muertas.

Para el verdadero reformador no hay institución sagrada, ni creencia alguna superior á la crítica. Todas las cosas han de estar conformes con la equidad y la razón, ninguna debe salvarse por su solo prestigio. Reconociendo en cada hombre la libertad necesaria para perseguir sus propios fines y satisfacer sus gustos individuales, pide para sí la misma libertad, y no consiente restricción alguna, exceptuando las que nacen del derecho igual de los demás. Trátese de una orden dada por un solo hombre, ó de una orden dada por todos los hombres, protesta de ella si invade su legítima esfera de acción. Tan dispuesto está á rechazar la tiranía que le impone un cierto modo de vestir ó una cierta manera de conducirse como aquella otra que limitase sus compras y ventas ó le dictara sus creencias. Que la regla haya sido dictada formalmente por el legislador, ó haya sido impuesta por la sociedad; que la pena con que se castiga la desobediencia, sea la prisión, el desdén del



público ó el estracismo social, son cuestiones que le importan poco. Profesará sus creencias, apesar del castigo con que se le amenace, y romperá con las convenciones sociales, á despecho de las mezquinas persecuciones de que pueda ser objeto. Mostradle que sus actos son perjudiciales á sus semejantes, y se detendrá. Pruébesele que sus pretensiones no son legítimas, que su conducta ha de producir desgracias, según la marcha natural de las cosas, y cambiará de dirección. Pero mientras no se haga esto; interin no se le convenza de que sus procedimientos son esencialmente inconvenientes ó de mal gusto, absolutamente irracionales, injustos y desprovistos de generosidad, perseverará en ellos.

Algunos tachan su conducta de injusta y poco generosa. Dicen que no tiene derecho á molestar á los otros con sus caprichos; que el caballero á quien llegan sus cartas sin la palabra *Esquir* en el sobre, ó la dama, á cuya tertulia asiste sin guantes, se lastiman porque consideran esto como una falta de respeto ó de educación; que no puede dar rienda suelta á sus excentricidades sino á expensas de los sentimientos de los demás, y que, por tanto, su falta de conformidad supone verdadero egoismo.

El responde que semejante tesis, lógicamente desenvuelta, privaría á los hombres de toda libertad. Si cada hombre tuviera que ajustar todos sus actos al gusto del público, y no al suyo, los hábitos generales serían invariables; pues fijado una vez el gusto del público, nadie podría adoptar otros, sin ir contra él, y disgustar á sus convecinos. Por consecuencia, si la moda exige llevar largas colas ó zapatos con tacones muy altos, unas y otros deben seguir usándose hasta el día del juicio final.

Si todavía se le objeta que no es justo destruir las formas adoptadas por la generalidad para tratar de establecer las que á él más le agraden, sacrificando así los deseos de muchos á los deseos de uno, replica que todo cambio

político ó religioso puede ser combatido con las mismas razones. Preguntará si las palabras y actos de Lutero no fueron ofensivos en extremo á la mayor parte de sus contemporáneos; si la resistencia de Hampden no fué desagradable á los amigos del poder dominante; si los reformadores no han contrariado las opiniones de los demás hombres y causado á éstos inmensos disgustos con la publicación de las suyas. Como será menester contestarle afirmativamente, seguirá preguntando acerca del derecho que tiene el reformador para expresar sus opiniones particulares, y si al hacerlo no sacrifica los sentimientos de muchos á los de uno solo, probando por tal manera á sus antagonistas, que para ser consecuentes deben condenar no sólo toda falta de conformidad en las acciones, sino también cualquiera falta de conformidad en los pensamientos.

Sus contradictores replican que esta tesis, aplicada con rigor, conduce el absurdo. Arguyen, en efecto, que si un hombre puede ofender á los demás con su desdén respecto á algunas formas, tiene el mismo derecho de ofenderlo con su desprecio á todas. ¿Por qué no ha de ir á comer fuera de su casa con la camisa sucia ó sin afeitarse? ¿Por qué no ha de escupir en la alfombra, ó poner sus piés sobre la chimenea?

El que quiere romper con las convenciones sociales contesta á su vez, que responder así es confundir dos clases de actos, completamente distintos; los actos que son *esencialmente* desagradables á las personas que nos rodean, y los que sólo les son *incidentalmente* desagradables. El que se cuida tan poco la piel que ofende el olfato de sus vecinos, ó el que habla tan fuerte que alborota un salón, pueden ser objeto de justas quejas y excluidos con derecho por la sociedad de sus reuniones. Pero el que lleva levita, en vez de presentarse en traje de ceremonia; el que va con pantalón oscuro y no negro, no ofende en manera alguna los sentidos de los demás, ni sus gustos innatos, sino sim-



plemente sus prejuicios, ó sus respetos exagerados á los usos establecidos. No puede decirse que su traje sea menos adecuado en sí mismo que el prescrito por la moda, tanto más cuanto que pocas horas antes, durante el día, se le elogió. Lo que disgusta en estos casos es la rebelión oculta en el acto que se censura. La causa de la discordia no es la aparente, y esto se demuestra con el hecho de que cien años há hubieran parecido absurdos los trajes negros en las horas de recreo, y acaso dentro de poco las modas que hoy se rechazan sean las más seguidas. El reformador explica por esta manera que no protesta contra las restricciones naturales, sino contra las artificiales, y que manifiestamente las críticas y el disgusto que recaen sobre él, se fundan en que se niega á inclinarse ante el ídolo que ha levantado la sociedad.

Si se le pregunta cómo ha de distinguirse la conducta, *absolutamente* desagradable á los demás, y la que sólo lo es *relativamente*, responderá que una y otra se distinguen por sí mismas, si se deja obrar al hombre con entera libertad. Las acciones, intrínsecamente repugnantes, siempre serán despreciadas y seguirán siendo una excepción. Las que no tengan este carácter, acabarán por imponerse. Ninguna relajación de las costumbres autorizará á presentarse en una visita con las botas llenas de fango, ó con las manos sucias, porque el disgusto que causa el desaseo, subsistiría, aunque la moda cambiase.

Ese afán que todos tenemos por merecer la aprobación de los otros, al cual afán se debe que en nuestros días todos procuren ajustarse á la regla, no desaparecería ciertamente; haría, por el contrario, que cada uno atendiese á su persona, que se adornara y respetase las leyes naturales, como hoy respeta las artificiales. El cambio consistiría simplemente en el tránsito de una insoportable monotonía á una variedad pintoresca. Y si existen algunas reglas respecto á las cuales haya duda de si obedecen á la

realidad ó á una convención, la experiencia lo decidirá tan pronto como se consienta obrar con libertad.

Al fin, el debate, después de haber recorrido un círculo, como suele suceder las más veces, vuelve á su punto de partida, y «el amigo del orden» repite sus cargos contra el rebelde, diciéndole que sacrifica los sentimientos de los demás al placer de halagar los propios, y el rebelde le replica de nuevo que se paga exclusivamente de ilusiones. Le acusa de ser tan déspota que, no contento con regular sus propias maneras y hábitos, querría dirigir los ajenos y se irrita al ver que hay quien no sufre tamaña esclavitud. Dice que se limita á pedir la misma libertad de que los demás disfrutan, y, sin embargo, éstos pretenden amoldar su vida conforme al patrón que han adoptado, y lo tratan de mala cabeza y de egoísta, porque no quiere someterse tranquilamente. Él, sin embargo, jura resistirse, y no sólo por mantener su independencia, si que también para asegurarse el bienestar. Les dice que son esclavos y no lo conocen; que están encadenados y besan sus cadenas; que han vivido siempre en prisión y se duelen de que se derriben los muros. Declara que persistirá para libertarse á sí mismo y á despecho de cuantas protestas puedan hacer, y les profetiza que, cuando haya pasado la primera sorpresa que produce la perspectiva de la libertad, le han de dar las gracias por haberles ayudado á emanciparse.

Por antipático que sea el tono de censor, por ofensiva que se suponga esta actitud de desafío, no hemos de despreciar la verdad, aunque nos disguste la forma en que se presente. Por desgracia, toda innovación encuentra obstáculos; los reformadores, por virtud de la función que desempeñan, se encuentran necesariamente en la oposición; y los actos, las palabras y las maneras desagradables á que da lugar este antagonismo, se atribuyen á las doctrinas que propalan. Se olvida si las cosas combatidas son buenas ó malas, y sólo se atiende á que el espíritu batalla-



dor es necesariamente repulsivo; se olvida que la tolerancia de los abusos parece amable, únicamente porque es pasiva. Como la mayor parte de los hombres tiene prevención contra las ideas progresivas, y se inclinan á las estacionarias, juzgan no más que por simpatía á los adictos á las unas y á las otras. «El espíritu de conservación (dice Emerson), es cortés y social; el de reforma, individual é imperioso». La observación es exacta, aunque el sistema que se conserve sea vicioso, aunque la reforma que se solicita sea justa. Cuanto más urgente sea el cambio reclamado, más intemperante es la vehemencia de sus promotores. Por tanto, téngase cuidado de no confundir los principios de no conformidad social con lo acerbo y desagradable de las maneras de sus primeros mantenedores.

La objeción más plausible con que puede combatirse la resistencia á las convenciones sociales es, que es poco política, aún juzgada desde el punto de vista de los amigos del progreso. Alegan muchos de los más liberales é inteligentes—por regla general, aquellos mismos que demostraron alguna independencia en su conducta personal durante su juventud—que rebelarse por cosas tan pequeñas, es perder la fuerza que debe ser empleada en llevar á cabo reformas de más importancia. «Si os mostrais excéntricos en las maneras ó en el traje (dicen), el mundo no os prestará atención; sereis considerados como personas con quienes no se puede tratar ni vivir. Las opiniones que emitais en asuntos importantes y que, sin duda, habrían sido tomadas en cuenta, si hubiéseis cuidado de los detalles, como cuida todo el mundo, serán colocadas entre vuestras genialidades; y así, presentándoos disidentes en cosas triviales, perdeis el poder de crear disidencias en materias esenciales».

Notemos, sin embargo, que no se trata de una prevención tan descabellada, porque si los pocos que muestran sus desdenes á las convenciones sociales nos parecen excéntricos, consiste en que la mayor parte de los que pien-

san como ellos, no lo manifiestan; si cada cual obrase según sus convicciones, no habría motivo de queja ni se tacharía á nadie de rebelde. Notemos esto, repetimos, y añadamos que las restricciones, las formalidades y las exigencias sociales no deben contarse en el número de los males menores, sino antes bien, en el de los mayores. Estímense en su totalidad y se dudará de si exceden ó no á los demás. Si pudieran sumarse el fastidio, los gastos, los celos, las envidias, las ofensas, los disgustos, la pérdida de tiempo y la pérdida de placer que producen estas convenciones; si pudiéramos representarnos con entera claridad hasta qué punto nos dominan y nos esclavizan de continuo, acaso confesaríamos que no hay peor tiranía que la de madama Grundi. Consideremos algunos de sus resultados más enojosos, comenzando por los menos graves.

Caemos en extravagancias. El deseo de ser *comm'il faut*, que consiste en no discrepar un ápice en las maneras, en el traje y en el modo de hablar, es causa de más de una dilapidación y de más de una bancarrota. «Guardar las apariencias», tener una casa en un barrio á la moda y amueblarla según el último gusto, dar comidas costosas y *soirées* que sean muy frecuentadas, es la ambición que forma el carácter natural de un espíritu conformista. Es inútil insistir en combatir tales locuras: han sido satirizadas por ejércitos de escritores y son objeto de la crítica diaria. Todo lo que nos concierne en este punto es indicar que el respeto de las observancias sociales que los hombres creen tan digno de elogios, tiene la misma raíz que ese deseo de seguir la moda en el sistema de vida, y que en igualdad de circunstancias, no es dable que disminuya el último sin que decrezca el primero. Si nos fijamos ahora en lo que cuestan estas extravagancias, en los comerciantes robados, en las ayas suprimidas, en los hijos mal educados, en los matrimonios mal avenidos, todo por efecto de la misma causa; si se piensa en las angustias y en la



multitud de las flaquezas morales que ocultan en el fondo de sí mismos los autores de estas faltas, habrá que convenir que el respeto á las convenciones no es tan inocente como parece.

Por otra parte, este respeto entorpece considerablemente las relaciones sociales. Prescindiendo de los individuos frívolos y de aquellos que se entregan á gastos considerables como medio de adelantar en el mundo, con perjuicio de otros que les son muy superiores, queda la clase mucho más numerosa de las personas que, siendo bastante prudentes y honradas para no extralimitarse de los recursos con que cuentan, pero experimentando, sin embargo, el poderoso deseo de ser *respectables*, se ven obligadas á reducir sus recepciones al número más pequeño posible, y se conducen de manera que cada una les reporte las mayores ventajas, lo que les lleva á dirigir sus invitaciones sin tener apenas en cuenta la comodidad de las conveniencias mutuas de los invitados. En algunas reuniones, contra lo que indica el buen sentido, hay una muchedumbre compuesta de gentes extrañas las más veces las unas á las otras, que apenas se conocen de lejos, y cuyos gustos acaso no concuerdan en nada; esto es lo que se nos ofrece en lugar de un pequeño círculo de amigos bastante íntimo, para que pueda haber entre todos comunidad de pensamientos y lazos de simpatía. Con el sistema adoptado, disminuye el número de relaciones y éstas se desnaturalizan. Como la costumbre exige que se hagan preparativos ruinosos y se procuren refrescos muy caros, y como cuesta menos y evita molestias el hacer estos preparativos para muchas personas en casos extraordinarios, que para pocas con más frecuencia, las reuniones de nuestra clase semi-acomodada son escasas y enojosas.

Nótese además que las formalidades actuales alejan de la sociedad á muchas personas que necesitarían su influencia educadora, y las precipitan en hábitos nocivos ó

asociaciones perjudiciales. A muchos, y no de los menos sensatos, les disgustan las comidas de ceremonia y las reuniones de demasiada etiqueta, y buscan distracción en los clubs, en los salones de fumar y en las tabernas. «Me aburre el estar de plantón en los salones, diciendo tonterías y violentándome para parecer satisfecho,» contestarán á quien les acuse por su desertión. «¿Por qué he de perder allí por más tiempo mi dinero y mi carácter? Antes, al salir del escritorio me apresuraba á ir á casa para vestirme; me gustaban las camisas bordadas; soportaba las botas estrechas, y no me causaban efecto las cuentas del sastre y del guantero. Hoy he encontrado otras cosas mejores. Mucho duró mi paciencia, por que, si bien veía, al retirarme á casa, que había pasado estúpidamente la noche, me prometía hallar compensaciones á la siguiente. Al fin me desengañé; el coche y los guantes de cabritilla valen más que lo que se saca de una reunión, ó mejor dicho, podría pagarse otro tanto de su valor por no ir á ella. Nada, de ninguna manera, tengo ya lo bastante. ¿Á qué pagar cinco chelines cada noche para tener el placer de hastiarme?»

Consideremos ahora que este modo de ver las cosas, ya muy generalizado, conduce á los hombres al billar, á los gabinetes donde se fuma y se bebe aguardiente, á casa de Evans y Coal Hole, y donde quiera que pueden hallar algún entretenimiento; en vista de lo cual hay que preguntarse si la rigidez de la etiqueta, siendo causa de que no se frecuenten las reuniones no es en gran parte responsable de la disolución reinante. El hombre necesita recreo, sea de una clase, sea de otra; si se le aparta de los más nobles, caerá en los más bajos. Las personas que observan una conducta regular no son precisamente las que tienen por naturaleza gustos más groseros; con frecuencia sucede lo contrario. Si se encuentran en un círculo media docena de amigos íntimos, que no se curan de ceremonias, sentados cómodamente alrededor del fuego, en ninguna parte se lle-



gará más agradablemente hasta esa forma más elevada del trato social, la cual consiste en la comunión natural de pensamientos y sentimientos; y si hay en la reunión mujeres de ingenio y gusto delicado, el placer será mayor. Pero estos mismos hombres no podrán soportar ya la insípida conversación que la sociedad les ofrece, y huirán de las reuniones de etiqueta, yendo á otras donde se hable de algo sustancial, aunque el trato no sea muy refinado. Las personas que buscan la armonía real entre los espíritus y van donde pueden encontrarla, valen con frecuencia mucho más que aquellas otras que se satisfacen con las vulgaridades de las gentes bien enguantadas y bien perfumadas; éstas no sienten la necesidad de acercarse moralmente á sus semejantes ó de otro modo que como lo hace un individuo que se encuentra enfrente de otro, con una taza de té en la mano, respondiendo con trivialidades á las trivialidades que se le dirigen, con lo que revela un espíritu ligero y un corazón frío.

En verdad, muchos de los que huyen de los salones son sencillamente incapaces de someterse á las cortapisas que prescribe la verdadera delicadeza, y ciertamente ganarían no poco con supeditarse á ellas. Pero no es menos cierto que, por añadir á las restricciones legítimas, fundadas en el respeto mutuo y en la conveniencia recíproca, multitud de trabas ficticias y de pura convención, la disciplina social, cuyo yugo podría ser altamente beneficioso, se torna insoportable y falta á su objeto. El exceso de gobierno es contra-producto porque aleja á los que deben ser gobernados; y si la sociedad pierde su benéfica influencia sobre aquellos que abandonan sus recepciones, disgustados de su falta de vida ó de su formalismo; si estas personas, no sólo se privan de recibir la cultura moral que podría darles la sociedad de las damas, montada racionalmente, sino que también, por falta de otras distracciones, adquieren hábitos y frecuentan sitios que las más veces

concluyen en centros de juego y de bebida, ¿no deberemos decir que hay en esto un mal, digno de ser debidamente estudiado?

Veamos ahora cómo los preparativos y las ceremonias excesivas dañan los placeres mismos que se pretende proporcionarnos. ¿Quién al recordar las ocasiones de sus mayores goces sociales, no observa que los experimentó precisamente en reuniones donde no se guardaba formalidad ninguna y que acaso fueron improvisadas? ¡Cuán deliciosa es una diversión de amigos en la que se olvidan todas las reglas á excepción de las que dicta un carácter no pervertido! ¡Qué cosa tan agradable esas pequeñas reuniones que, sin pretensión alguna, forman sociedades de lectura ú otras semejantes; ó esos encuentros puramente casuales de pocas familias que se tratan con intimidad! Entonces puede decirse con verdad «que un amigo da la vida á la fisonomía de su amigo». Las mejillas se coloran y los ojos brillan. Chispea el ingenio y hasta los hombres de imaginación más tarda, se excitan y dicen buenas cosas. Abundan los temas de conversación; se piensa con vigor y las expresiones son acertadas y felices. Se alterna entre lo grave y lo jocoso; asuntos serios, chistes, anécdotas, bromas de buen género, todo sirve de grato solaz y entretenimiento. La naturaleza de cada cual se revela por su lado mejor; brillan los sentimientos más nobles de cada uno, y por un momento la vida parece un don bien digno de ser gozado.

Pero volvamos la hoja. Vistámonos para una comida que empieza á las ocho y media, ó para una recepción que da principio á las diez, siendo menester presentarse de rigurosa etiqueta, ¡qué diferencia tan grande! La alegría parece estar en razón inversa de los preparativos. Estas figuras, adornadas con tanto esmero y cuidado, parecen maniqués. El aire de afectación que en todas se observa, parece haberlas helado mutuamente; y desde que entráis